

## PRÓLOGO

### “Historia y poder: límites y aperturas de una categoría relacional”

En el marco de los estudios del hombre, el “poder” resulta ser un término evocado permanentemente, pues, sea de forma consciente o inconsciente, pareciera que él resulta ser un motor esencial del devenir histórico de la sociedad. A partir de esta situación y desde diversas perspectivas, los intelectuales han buscado convertir el término de poder en un concepto de análisis socio-histórico. Esta primera disección del vocablo, para nuestro caso resulta ser esencial, ya que el poder como término ha estado presente, desde el mundo clásico, en los diversos sistemas lingüísticos occidentales. No obstante, en el marco de las ciencias sociales y las humanidades –las llamadas ciencias del espíritu-, su uso se ha perpetuado a partir de las reflexiones en torno a la historia moderna, la filosofía política, la historia de las ideas e historia de los conceptos.<sup>1</sup> Estas variantes epistemológicas han hecho del poder un punto de reflexión, sobre el cual se han analizado diversas vertientes de pensamiento, desde Nicolás Maquiavelo hasta Max Weber. Así, para algunos estudiosos de la política, el concepto de poder no puede considerarse un sistema de pensamiento eterno indicativo de una esencia del existir del hombre, sino como una determinada idea que se ha ido conformando en la época moderna en el marco de presupuestos teóricos precisos.<sup>2</sup>

Para la filosofía política, el poder se vuelve un problema contemporáneo de los pensadores modernos (desde el siglo XVI), en razón a un contexto histórico en el cual el orden socio-político medieval se encontraba en evidente proceso de desmantelamiento. A partir de tal momento, la política habría tenido que asumir el problema del orden ya no como el conocimiento de algo que se procura comprender –un orden divino que no depende

---

<sup>1</sup> Este último giro historiográfico actualmente tiene como referentes los trabajos de Sandro Chingnola y Giuseppe Duso. Chingnola, Sandro y Duso, Giuseppe, *Historia conceptual y filosofía política*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009. Sobre lo mismo, resulta iluminador el ensayo Maurizio Merlo: Merlo, Maurizio, “La ambivalencia de los conceptos. Observaciones acerca de algunas relaciones entre *Begriffsgeschichte* e historiografía del discurso”, *Res publica*, núm. I, Universidad de Madrid, 1998, pp. 87-101

<sup>2</sup> Duso, Giuseppe (Coord.), *El Poder. Para una historia de la filosofía política moderna*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2005, p. 7

de nuestra propia voluntad-, sino desde el punto de vista de la necesidad de construir uno nuevo, con el objetivo de eliminar los conflictos en pos de la paz.<sup>3</sup>

Dicha necesidad sería el punto común entre pensadores tan dispersos en el tiempo y espacio como el ya citado Maquiavelo, Hobbes, Rosseau, Marx y Weber, entre otros. Todos ellos vivieron contextos de crisis o de cambios sociales y políticos, coyunturas históricas asumidas como estructuras de oportunidades, posibles de ser guiadas hacia, por ejemplo, la unidad territorial y la construcción de un poder central fuerte (Maquiavelo), como también a la construcción del Estado y la autoridad, o, en el otro extremo, a la revolución y el establecimiento de un sistema socialista (Marx).

Ahora bien, las diversas lecturas en torno al poder como concepto político-filosófico moderno, se fundarían en visiones esencialistas del hombre y de las cuales dependería el carácter del orden establecido y sus fuentes de legitimidad.<sup>4</sup> A mediados del siglo XVII, periodo de construcción y consolidación de los absolutismos europeos, la tarea esencial de los teóricos no fue solamente aportar nuevas aristas sobre el poder político, sino también, desde un punto de vista “racional”, elaborar sistemas discursivos que legitimaran su posesión por parte de las monarquías. Todos estos movimientos que hemos ilustrado someramente, han permitido a algunos especialistas establecer, como lo expresa Duso, que “(...) la historia del poder tuvo su comienzo en el momento en que dicho concepto salió efectivamente a la luz, condicionando el pensamiento moderno sobre la política, y no se inicia en cambio desde el mundo antiguo donde el modo de entender al hombre y sus acciones es muy diferente.”<sup>5</sup>

Lo establecido por el filósofo italiano, desde cierta perspectiva, nos arrastraría necesariamente a considerar equivocada la pretensión de apostar por el estudio del poder en un contexto, en el cual él parece no ser más que una evocación terminológica referencial, y no un concepto racionalizado políticamente. El riesgo de incorporar conceptos como éste en sociedades premodernas, pareciera ser un error metodológico insalvable, como lo ha

---

<sup>3</sup> *Ibidem.*, pp. 13-14

<sup>4</sup> A modo de ejemplo, observamos como Nicolás Maquiavelo no deja de considerar la “naturaleza del hombre” en sus escritos, especialmente en el *Lettera al Vetorri* de diciembre de 1513. Sobre ello, Fausto Díaz, tomando en cuenta a L. Russo, apunta: “Maquiavelo da una valoración mecánica o naturalística del hombre, ya que no lo considera una entidad formada de cuerpo y espíritu, sino como ‘naturaleza’ que ‘no está todavía espiritualizada y humanizada... Naturaliza es ya el mismo hombre, individuo, el cual *ab aeterno* posee una natural malicia, que puede ser frenada, pero no curada y sanada radicalmente *ex imis*”. Díaz Padilla, Fausto, “El concepto de hombre en Nicolás Maquiavelo”, *El Basilisco*, núm. X, Oviedo, 1980, p.53

<sup>5</sup> Duso, Giuseppe (Coord.), *El Poder. Op.cit.*, p. 17

sido también el uso del concepto Estado para la Edad Media, de clase y sociedad civil para la Europa anterior a las revoluciones burguesas (hipertesis). Desde nuestro punto de vista, considerando el caso específico del concepto de poder, su utilización en el campo histórico premoderno no depende tanto de su mayor o menor elaboración por parte de los intelectuales del periodo, sino más bien de la noción de historia e historia política con la cual el investigador enfrenta dicha temporalidad. Como bien es sabido, la tan criticada historia positivista del siglo XIX, se caracterizaba esencialmente por ser una historia política, de la cual se desprendía un modelo dual de lo social. El Estado, sus hombres y sus conflictos intestinos en búsqueda de controlar el primero, copaban por completo las historias nacionales, todo ello ante una sociedad aparentemente pasiva y dispuesta a subirse al carro de la elite triunfante. Así mismo, las lecturas de los grandes teóricos y revolucionarios burgueses solían identificarse como el acervo ético que sustentaba la lucha entre modernidad y tradición, entre república y monarquía. Este tipo de visión, si bien creemos ha sido complejizada por la historiografía del siglo XX, en las ciencias políticas pareciera aún conservar parte de sus fundamentos e intereses como lo hace patente Duso.

Equívocamente se ha pensado que la revolución historiográfica francesa significó el abandono casi absoluto de lo político como campo de interés. Sin embargo, a lo largo del siglo XX, la historia política y la preocupación por el poder, se ha desarrollado paralelamente y con la historia económica y social. Un desarrollo que además, no puede creerse marginal a los *Annales* ni tampoco a la Edad Media. Por el contrario, sus primeros y más sustanciales avances se desarrollaron tempranamente en su contexto fundacional. El insigne trabajo de Marc Bloch publicado en 1924 titulado *Los Reyes Taumaturgos*, no puede más que definirse como una historia esencialmente política, en el cual el poder es visto en todas sus formas y por medio de todos sus instrumentos. Aquí el poder no es un concepto prefigurado, sino que el historiador va en búsqueda de él, siendo rescatado desde las prácticas sociales y culturales por medio de una precoz mirada político-antropológica. Asimismo, en esta “historia”, los cortes temporales se difuminan y la sociedad se ve cruzada por diversos tiempos en el marco de su propia contemporaneidad. En definitiva, rescatando el sentido sanador del contacto físico con el rey, Bloch le dio al poder una trascendencia más allá de lo meramente institucional, asumiendo además la problemática de su legitimidad. Es verdad, luego del insigne historiador, los intereses temporales de la

historiografía francesa se volcaron hacia la modernidad, pero desde una nueva perspectiva, donde, por ejemplo, la biografía tomó un sentido político en base a la relación entre el individuo y su colectividad. Esta fue la tarea desarrollada por Lucién Febvre al escribir en 1927 su libro *Lutero un destino*. Febvre precozmente nos enseñó el saber diferenciar a Lutero del luterismo, al personaje de sus seguidores, al hombre del movimiento que se construyó en su entorno, y finalmente el poder emanado de aquellos.

Tendríamos que esperar hasta la década de los setenta para que nuevos aportes al estudio del poder vinieran desde la profundidad de la Edad Media. Esta década culminó con la obra de George Duby titulada *Las tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (1978). En este trabajo ya clásico del medievalismo, Duby reconstruye el orden medieval y los fundamentos de la desigualdad social como espejo del cielo. Los obispos, bajo su lectura, eran sujetos políticos encargados de recordarles a los príncipes cuidar y restablecer el orden en el contexto de la fragmentación del poder. No obstante su obra va más allá, al utilizar el concepto de imaginario como parte esencial del estudio de la ideología.<sup>6</sup> Esta última no puede entenderse como reflejo de la sociedad, sino como proyecto de ella codificada discursivamente, y que al ser más o menos sistematizada y comprendida es capaz de influir sobre las actitudes y comportamientos de los individuos.

Al alero de estas propuestas, la historia incorporó a su análisis todo tipo de testimonios del pasado, como fueron las obras dramáticas, las cartas, las liturgias y un sinnúmero de fuentes jurídicas y judiciales. En ellas se buscó rasgos, palabras, formas, medidas y discursos en los cuales la sociedad se reflejara o autorepresentara en base a premisas discursivas. Un año después de la publicación de *Las tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Duby remarcaba la importancia para el historiador de no sólo estudiar los textos, sino también los signos visibles como las insignias, los gestos, los cuadros, las esculturas, como también los silencios, lo oculto, lo destruido y lo borrado intencionalmente.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Asumiendo las ideas althusserianas en el estudio historiográfico, Duby definió la ideología como un “sistema (que posee un rigor y una lógica propia) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos según los casos), dotado de una existencia y de una función histórica en el seno de una sociedad dada”. Duby, George, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Ediciones Pretel, Barcelona, 1980, p. 17

<sup>7</sup> Duby, George, “Historia social e Ideologías de las sociedades”, en: Le Goff, Jacques y Nora, Pierre, *Hacer la Historia III*. Objetivos nuevos, Laia, Barcelona, 1979

Sin duda estas páginas no reflejan los profundos aportes de los *Annales* a la disciplina histórica a lo largo del siglo XX. Sin embargo y pese a nuestra interpretación, cabe destacar que todos ellos nunca fueron pensados en función de la construcción de una historia política como tal. Cada avance epistemológico, especialmente desde la segunda mitad de la década de los setenta, tuvo como objetivo principal aportar a la llamada historia de las mentalidades y posteriormente a la historia cultural. En torno a ellas, los medievalistas y modernistas franceses y anglosajones volvieron a renovar el método a través del estudio de las formas simbólicas del ritual, permitiendo una revaloración de la realeza tanto en el mundo feudal como absolutista. Peter Burke y Emmanuel Le Roy Laudiere llevaron a cabo estudios significativos en esta dirección. Burke, a través de su obra titulada *La fabricación de Luis XIV* (1995), estudió la manifestación teatral y los rituales practicados en el antiguo régimen francés, los que, desde el punto de vista propagandístico, ayudaron en la consolidación de la monarquía absoluta y su socialización cortesana y plebeya. Tal vez sea esta línea de análisis la más consiente con respecto a sus aportes a la construcción de una nueva historia política y del poder. De hecho, un año después de la publicación de la citada obra de Burke, Le Goff se preguntaba: ¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?<sup>8</sup>

En gran medida Le Goff comprendía que las permanentes críticas que *Annales* había proyectado sobre la historia política y sus ciencias anexas, si bien no estuvieron dirigidas a colonizar su espacio, finalmente habían causado una profunda reflexión por parte de sus más férreos defensores y cultivadores. De hecho, René Rémond, pese a reprochar fuertemente el determinismo de los *annalistas*, no dudó en incorporar en la historia política un conjunto de principios metodológicos propios de la historiografía económica y social. Así la renovación de este campo y su búsqueda por el rigor científico, significó volcarse hacía el estudio de las series y estadísticas, sometiénolas a procesos de comparación; además se apostó por el estudio de las masas, en desmedro de los grupos privilegiados, a lo cual se sumó la incorporación de la larga duración para dar cuenta de las profundidades de los fenómenos políticos.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Le Goff, Jacques, “¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?”, en: Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Edit. Genisa, Barcelona, 1996

<sup>9</sup> Rémond, René, *Les droites en France*, Aubier/Montaigne, 1982

La adopción de la larga duración por parte Rémond y su equipo, no significó el total rechazo a lo episódico; por el contrario, ésta vino acompañada de una férrea defensa basada en la capacidad de los hechos en cambiar el curso de las cosas. Para justificar la importancia de lo episódico en la historia, Rémond acudió nuevamente a conceptualizaciones elaboradas por las generaciones más avanzadas de los *Annales* de las décadas de los sesenta y setenta, quienes rescataban los aportes del viejo Febvre y Bloch. Para el historiador político, el protagonismo de lo episódico radicaba no tanto en sus causas, sino en sus efectos tanto en la mentalidad de los sujetos, como sobre los imaginarios colectivos. Así la historia política se fue nutriendo de los trabajos y reflexiones metodológicas de George Duby,<sup>10</sup> Roger Chartier y Michel Vovelle, entre otros.<sup>11</sup>

Con el desarrollo de la historia de las mentalidades y de la cultura, y su influjo hacia la construcción de una historia política renovada, el concepto de poder escapó de los límites teóricos de los filósofos políticos modernos. Ahora el poder se analizaba en base a prácticas sociales y culturales, a las representaciones de la autoridad, su legitimación e incluso cuestionamientos y resistencias. En la perspectiva de entender el poder desde el punto de vista de las relaciones sociales y sus “operadores”, sin duda Michel Foucault es una figura central reconocida por la historiografía.<sup>12</sup> Incluso Braudel comentó su obra desarrollando además una autocrítica:

El poder para M. Foucault no abarca solamente el aparato político, sino también el aparato cultural, la jerarquía social, las potencias económicas. No sólo el Estado el que se pone en cuestión, sino toda la red de las fuerzas sociales. De todas maneras nosotros somos ciertamente culpables en los *Annales*, de no ocuparnos suficientemente del Estado y sus estructuras.<sup>13</sup>

Foucault se escapa del análisis del arte de gobernar, y se centra plenamente en el poder desde el punto de vista de su ejercicio, ya que él, bajo su mirada, no posee

---

<sup>10</sup> Duby, George, “Histoire des mentalités”, en Samaran, Charles (Coord), *L’histoire et ses méthodes*, Gallimard, París, 1961, pp. 937-966

<sup>11</sup> Chartier, Roger, “Historia intelectual e historia de las mentalidades, Trayectorias y preguntas”, en Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia de la cultura: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 1999, pp. 13-44; Vovelle, Michel, *Idéologies et mentalités*, Librairie François Maspero, 1982.

<sup>12</sup> Foucault, Michel, “Surveiller et punir, naissance de la prison”, en Zysberg, André. *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 31, núm. 1, 1976, pp. 168-175

<sup>13</sup> Braudel, Fernand, “A manera de conclusión”, en *Cuadernos políticos*, núm. 48, Universidad Nacional Autónoma - Ediciones Era, DF., 1986, p. 41

sustancialidad alguna. En este esquema, el Estado se presenta como un simple operador de poder y no su centro. Rompiendo con la lógica moderna, el poder no se ve actuando unidireccionalmente sobre la sociedad generando una dualidad entre gobierno/gobernados. Más bien, bajo su interpretación, al interior de la sociedad se producen diversas relaciones de poder expresadas en el mismo acto comunicativo.<sup>14</sup>

Hasta aquí hemos seguido de manera breve el camino de los *Annales* no como un sistema dogmático de entender la historia como fenómeno y disciplina, sino como una escuela autoreflexiva, que en su relación con las ciencias sociales, fue capaz de asumir nuevas perspectivas y categorías de análisis.<sup>15</sup> El breve comentario de Braudel hacia Foucault o la incorporación de categorías althusseriana en la historia; junto a la política desde un punto de vista de las relaciones culturales, la hegemonía e ideología, así lo deja patente. En este camino, el poder se escapa de la genealogía filosófica moderna y toca suelo en las prácticas socio-culturales, y donde, como hemos visto, los medievalistas han jugado un papel central en su reflexión y estudio. Todos estos avances tendientes a la integración más que a la disección, nos han permitido plantear el problema del poder en la Edad Media desde diferentes vertientes y espacios, reconociendo además sus campos de actuación discursiva, histórica y cultural.

En base a lo dicho hasta ahora, en la presente edición de la *Revista Historias del Orbis Terrarum*, presentamos un conjunto de investigaciones que reconocen de un modo u otro, las diferentes expresiones del poder en la Edad Media. El Doctor Francisco André Santos, en su trabajo titulado *Notas sobre la regulación jurídica del comercio internacional en el Imperio Bizantino*, nos describe los principales mecanismos institucionales que regularon el comercio en el imperio de oriente, los cuales le permitieron establecer una hegemonía “internacional” en el campo europeo y oriental. Por su parte, Elsa Cardoso nos introduce en las diversas dimensiones de lo que se ha llamado *la orientalización* de la península ibérica y la influencia de Ziyab (cantante, poeta y astrónomo) en la corte del emir de Córdoba Ab dar-Rahman II (788-852). En el contexto anglosajón, Carmen Channing analiza la obra histórica de Beda el venerable (672-735), la cual se inserta en una nueva línea de las Historias Eclesiásticas, dedicada a los contextos “nacionales” y “regionales”,

---

<sup>14</sup> Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Las ediciones de la Piqueta, Madrid, 1991

<sup>15</sup> García Vázquez, Francisco, “Foucault y la Historia Social”, *Revista de Historia Social*, UNED/ Valencia, núm. 29, 1997, pp. 145-159



teniendo como punto central el desarrollo las iglesias particulares, insertando finalmente al mundo anglosajón al interior de la cristiandad universal. A continuación, Leonardo Carrera analiza las consecuencias de las calamidades naturales, materiales y socio-culturales que debió enfrentar San Gregorio durante su pontificado (590-604). A ojos del autor, todas ellas se convirtieron en estructuras de oportunidades que ayudaron a reafirmar la idea de “un fin inminente”; situación que justificaría el ímpetu mostrado por el pontífice en el proceso de cristianización europea. Finalmente, Bettine Baader estudia de modo inverso los elementos constituyentes del poder monárquico carolingio, estableciendo que la Iglesia y la misma institución vasallática serán quienes finalmente actuarán en su disolución bajo el reinado de Ludovico Pío (778-840).

Cerrando esta edición, nos encontramos con la interesante entrevista al medievalista y modernista, Doctor Patricio Zamora Navia, historiador que se ha dedicado al estudio del poder desde el punto de vista de su ritualidad, escarbando en los procesos de consolidación, legitimación y reconfiguración de ella. Sin duda, sus comentarios y reflexiones resultan ser una puerta de entrada para quién busque introducirse en el enmarañado mundo medieval y el poder como fenómeno de su configuración.

**Eduardo D. Muñoz Saavedra**  
**Coordinador de la Comisión de Estudios Medievales**